Los Cristeros



Vistos por el Coronel S.S. León Degrelle,

Por la Profra. Reynoso y
por el Historiador Español
Ricardo de la Cierva.

La Cristiada en España,
vista por 4 franceses y por
el piloto alemán Adolf Galland.

Prólogos de Giovanni Hoyois
y de S. Borrego

EDICIONES NUEVA REPÚBLICA, S.L.
Dirección postal: Apartado de Correos 14 - E-08750 Molins de Rei (Barcelona)
Teléfono: 678 379 061
Fax: 977 80 31 90

Impreso en Europa

Diseño, maquetación e impresión:
MONFUS, S.L.
Dirección Postal: c/Comte d'Urgell, 141 - E08036 Barcelona

Depósito Legal: B-14.091-2.006
I.S.B.N.: 84-934376-5-4

INTRODUCCIÓN

*por José Luis Jerez Riesco **

Léon Degrelle fue el fundador de un Movimiento Político que acuñó la palabra "REX" tanto para las ediciones de la Asociación de la Juventud Belga, la acción católica de aquel entonces que precedieron como para la denominación posterior del propio Movimiento, e incluso, como cabecera del periódico que servía de portavoz al nuevo ideal. REX es un término que se ha fami-liarizado en la nomenclatura política del siglo XX y su acepción ha sido incluida en todos los diccionarios que circulan por el mundo asociándolo, inseparablemente, con Degrelle, quien, en su obra *Firma Y Rúbrica* nos deja constancia de que esta palabra procedía de Christus-Rex. (Cristo Rey).

Fue México el primer país que celebró la festividad de Cristo Rey, cuando en 1914 sus obispos solicitaron a Roma la procla-mación del Reinado de Cristo sobre sus sedes, su entronización perpetua, profiriendo el grito unánime y enardecido por la multitud congregada, el domingo 11 de enero, a la salida de los oficios religiosos de "¡Viva Cristo Rey!" en una imponente y espontánea manifestación popular que desembocó en la plaza del Zócalo, a las puertas de la catedral de la capital Federal. También en la ciudad de Guadalajara, en el Estado de Jalisco, Monseñor Orozco, en su labor pastoral, difundió la iniciativa entre los fieles de su diócesis con gran celo apostólico.

El único antecedente remoto de tan insólita y ferviente petición sólo lo encontramos en la Florencia de Savonarola. Se puede afirmar, pues, que la invocación a la realeza de Cristo fue una iniciativa mexicana y que su arraigo en aquella tierra llevó al Papa Pío X a instaurar solemnemente,

en 1925, la Fiesta de Cristo Rey, con el significado y el deseo "para que venga a nosotros Tu Reino".

"¡Viva Cristo Rey!" caló hondo en los corazones mexicanos. Era un grito de combate y una afirmación de fe. Cuando los Gobernantes mexicanos, a cuyo frente se puso el tirano Plutarco Elías Calles, se mostraron beligerantes contra la grey católica, los federales desataron una persecución sin precedentes en la historia de la cristiandad. Despectivamente, a los cruzados de la causa de Cristo, se les llamaba por los ateos los Cristos Reyes o Cristeros y con tal nombre pasaron a la Historia y al Martirologio de México.

La imprecación a Cristo Rey era el punto final y remate de sus oraciones. En Guadalajara, durante las jornadas sangrientas y las matanzas contra los cristianos, tras el rosario, al término de las letanías, se generalizó una jaculatoria compuesta por Anacleto González Flores que rezaba: No quiero pelear, ni vivir ni morir, sino por Ti y por tu Iglesia. ¡Madre Santa de Guadalupe! acompaña en su agonía a este pobre pecador. Concédeme que mi último grito en la tierra y mi primer cántico en el cielo sea: ¡Viva Cristo Rey!

Léon Degrelle siguió atento, desde su Bélgica natal, el desarrollo de los cruentos acontecimientos que tenían lugar en México donde, de nuevo, la fe de Cristo, la misma que latía en su corazón, era la pieza acusatoria inmisericorde para el exterminio en masa de sus fieles. Era una nueva Cruzada en la que perdieron la vida entre veinticinco y treinta mil cristeros en los tres años que duró la guerra. Morían los cristeros en un derramamiento de sangre constante, en un flujo continuo y en un goteo cotidiano, sin gran-des batallas en campo abierto, pero en partidas formadas por pequeños grupos de resistencia heroica.

Fue una lucha encarnizada pero desigual. La violencia más brutal marcó las acciones de los gubernamentales. Era una guerra no declarada pero sí ejecutada. Fue una guerra popular donde los insurgentes eran movidos por una convicción religiosa incólume y los federalistas conducidos por el odio de sus jerifaltes marxistas que deseaban extirpar el sentimiento religioso arraigado en lo más profundo de la médula popular cristera.

Por parte de los militares federales cualquier medio era bueno con tal de crear terror institucional entre la población enardecida y fortalecida por su fe religiosa. Se practicaban las ejecuciones en masa y sin formación

de causa, los ahorcamientos seguidos de los péndulos humanos hasta que las aves carroñeras descarnaban a los cadáveres expuestos en los postes de telégrafos a lo largo de las vías férreas, las torturas, las tierras calcinadas a los campesinos, el saqueo, los sacrilegios.

Todo Cristero que caía en manos de los gubernamentales era pasado de inmediato por las armas. Se les fusilaba al instante. La mitad de los caídos lo fueron por prendimiento y ejecución. No sólo los combatientes tenían tal final expeditivo, sino todo aquel sobre el que pesase la sospecha de simpatía o ayuda a los rebeldes, de quienes se podía pensar que bautizaban a sus hijos, casaban por la iglesia a sus hijas o acudían, como en los tiempos de las catacumbas romanas, a las misas clandestinas que se oficiaban a la intemperie o en lugares ocultos.

Degrelle, dirigente juvenil de la Acción Católica Belga, quedó conmovido con el ejemplo y la entereza de los Cristeros que se aprestaban a luchar y a morir tan bravamente, unidos en vínculo indeleble por la Causa de Cristo.

El origen de los insurrectos no pudo ser más precario. Se levantaron contra la tiranía y la opresión por un sentimiento superior, sin armas de fuego, ni municiones, de las que se proveían desarmando a los enemigos de la fe, sin uniformes, con el único distintivo visible de un brazalete negro en señal de duelo, en un principio, y con un pañuelo rojo y blanco, atado al brazo, como signo de identificación y reconocimiento, pasando de la partida al escuadrón y de éste al regimiento, reclutando las levas casa por casa con la predicación de la palabra del Evangelio, en unidades locales, juramentadas con dos únicas alternativas po-sibles, la victoria o la muerte, en unidades frágiles donde la concentración y la dispersión se fraguaban con la misma celeridad.

Ante este panorama, el 21 de abril de 1926 se alzaron las voces de la carta pastoral colectiva en la que se decía: “ha llegado el momento de decir «nom possumus»”, ratificada en la del 25 de julio, donde se convocaba a “imitar la constancia de los primeros cristianos que murieron logrando que su sangre fuese semilla de nuevos convertidos”, ideas revalidadas en la nueva pastoral del 12 de septiembre.

El último día de julio de 1926 fue el postrer del culto en las Iglesias mexicanas. Ese fue el detonante del comienzo de la guerra Cristera, de

la llamada Cristiada. Junto al pueblo humilde estaban algunos Obispos, como el del Estado de Colima y el de Jalisco, y más de cien voluntarios sacerdotes que se negaron a abandonar el rebaño en los momentos más álgidos de la persecución y fueron sus capellanes, algunos, incluso, dejaron su ministerio y tomaron las armas, así, dos sacerdotes llegaron a generales, los padres Aristeo Pedrosa y José Reyes Vegas.

El Gobierno asesinaba a los sacerdotes en sus diócesis y parroquias. Fueron 90 los acribillados, de los que 59 lo fueron en la archidiócesis de Guadalajara, 35 en Jalisco, 6 en Zacatecas, 18 en Guanajuato y 7 en Colima.

Este espectáculo de gloria y martirio, de sacrificio y heroísmo, de entrega, renuncia y altruismo, fascinó a León Degrelle que era, desde su más tierna adolescencia, el caudillo de una generación épica. Degrelle encontró en México, en aquella multitud combatiente y desprendida, el preludio de lo que en Europa sería la juventud idealista de la década de los años treinta. Escribía en 1929: "Hace mucho tiempo que la tragedia mexicana me devora el corazón como una sierra de acero".

No podía seguir escuchando en la distancia. Ya había oído bastante, tenía acumuladas suficientes razones y fundamentos. Se puso en marcha. Había tomado la resolución de marchar a México a llevar el apoyo moral y humano a los Cristeros. Consultó su idea con el Abad Wallez, quien escuchó atento los riesgos de la aventura. Como era un hombre entusiasta, después de oír el relato de León, alzó sus brazos al cielo y le gritó: "¡Bueno, vaya!" Era como un espaldarazo a la expedición en solitario.

La primera dificultad con la que tuvo que enfrentarse fue la de obtener de los representantes mexicanos el visado de entrada en el país. Se había destacado Degrelle por sus artículos sinceros y contundentes sobre la situación en México. Pensar que le per-mitirían el acceso al interior del territorio era una quimera impo-sible. Tuvo que recurrir a proveerse de una documentación falsa. En su nuevo pasaporte, con la flamante y recién estrenada identidad, figuraba como profesión la de médico. Con este camuflaje pudo el día de San Nazario de 1929, embarcarse en un vapor con una potente chimenea central que vertía bocanadas de humo negro y denso y que realizaba el derrotero desde Hamburgo a Veracruz.

La Navidad de aquel año la pasó León Degrelle con los me-xicanos. En esas fechas entrañables pudo contemplar escenas insólitas, como un

sacerdote, que tenía que decir la misa en un garaje, confesaba en una silla ubicada en la esquina del refugio, se vestía detrás de los vehículos estacionados y, rodeado de los fieles que se apiñaban a su alrededor, consagraba, con una leve expresión en sus labios, las sagradas formas. Cuando se terminaba el oficio eucarístico se cambiaba de ropa. León fue testigo, en ese ambiente de catacumbas de los primeros tiempos, cómo el agua bendita la portaba el señor cura en el cargador de una pluma estilográfica.

León Degrelle peregrinó por todos los frentes donde se "batían el cobre" los Cristeros. Recorrió más de cuatro mil kilómetros, llevándose en su retina los fuertes efectos de la emoción y la fe curtida.

También observó de cerca a los revolucionarios marxistas y pudo estudiar sobre el terreno, su fracaso social y agrario.

Visitó las escuelas con los crucifijos profanados, giró visitas a las cárceles y prisiones, para analizar en directo el sistema penitenciario, asistió a orgías y mítines convocados por los nuevos tiranos de la situación revolucionaria.

Tal fue su intensa actividad que recopiló papeles y documentos que, en bruto, pesaban 72 kilogramos. Era el material que traería para Bélgica como prueba evidente de lo que había sucedido, que personalmente pudo contemplar y que estaba ocurriendo en México.

Habían trascurrido tres meses desde que León partió de su país, donde había dejado a una madre inquieta y preocupada. Era la hora del regreso. La despedida tuvo lugar un domingo. Los Cristeros celebraron una asamblea a la vez multitudinaria y clan-destina. Abrazos. Sollozos. Lágrimas en los ojos. Degrelle se sentía orgulloso de haber mezclado su ilusión, ardor y juventud con aquella sangre y con aquella fe de pedernal.

Atrás quedaba una aventura y una experiencia singular que se inició cuando tomó la decisión de unirse a los Cristeros, mostrarles su solidaridad y aliento, y que le hizo añorar como timbre de gloria una muerte semejante y ejemplar en aquellas tierras de cactus y maguey.

* Presidente de la Asociación Cultural

León Degrelle

Mis Andanzas en México

A Marie-Paule

NOTA: León Degrelle, de nacionalidad belga, oyó hablar de los Criste-ros mexicanos y vino a conocerlos y a acompañarlos a principios de 1929. A su regreso a Bélgica fundó su movimiento "Christus Rex", del que fue jefe.

En 1940 (ya iniciada la Segunda Guerra Mundial), Degrelle formó un grupo de voluntarios que se unieron al ejército alemán para combatir al comunismo en el frente soviético.

Fue ascendiendo por sus hazañas guerreras y llegó a ser coronel de las Waffen S.S. Hitler lo condecoró con la Cruz de Hierro.

Perdida la guerra, Degrelle fue condenado a muerte y tuvo que asilarse en España, donde residió hasta su muerte.

Fue autor de una decena de libros, incluso los famosos "*Firma y Rúbrica*", "*Almas Ardiendo*" y "*La Campaña de Rusia*".

PRÓLOGO *al Libro del Cor. Degrelle*

León Degrelle es uno de esos temperamentos que uno siente desde el primer contacto como el fruto de su siglo. Cuando digo de su siglo, exagero. Existen espíritus marcados por el sello de una fracción de siglo, de una década, o incluso de un año, pero se puede asegurar que León Degrelle es de pura acuñación de 1930.

Algunas enseñanzas de la escuela nos recuerdan que existió antaño una llamada "Generación de 1830", que pasaba el tiempo armonizando cánticos sobre el árbol de la libertad. A cien años de distancia los últimos nietos de aquellos que la componían se han puesto, no a cantar a la bella libertad, sino a utilizar todo lo bueno para apoderarse del mundo. Es infinitamente más práctica esta nueva generación y, sin embargo, conserva el aspecto épico. Entronca con el avión, el cine, la radio, con estas creaciones prodigiosas que nos ponen el universo en las manos, no imagi-nariamente como los románticos que estaban forzados a re-signarse, sino en viva y ardiente realidad. Esta generación revela la juventud de estos soberbios instrumentos de conquista. Son, en suma, de la misma edad. Progresan conjuntamente y caminan aliados hacia su

madurez. Con estos hombres, con estas innovaciones, he aquí que a la embriaguez de una idea vaga suceda el entusiasmo febril, impaciente, altanero de un grandioso dominio.

De entre los nuestros, León Degrelle es quien personifica más nítidamente semejante fecha y similar carácter. Lo ha demostrado de muchas maneras, pero el rasgo verdaderamente típico de una juventud sintonizada con su tiempo ha sido una concreta expedición a México. Allí se encuentra completamente —le digo a León Degrelle— la juventud de 1930 y también el ritmo del mundo nuevo. Proyectos enormes y medios de fortuna, en-tusiasmos súbitos e indignaciones formidables, decisiones aterradoras y una audacia a la altura de las circunstancias. Todo parece desmesurado en esta aventura y, sobre todo, la propia idea de una investigación a través de las trampas, empresa ar-dua para alguien que no es del oficio y que no conoce el país. Y sin embargo, se llevó a cabo. El plan se ejecuta, pero no como se habría desarrollado en otro tiempo. Esta indagación no versa sobre la invención de los buques de turbina o de los expresos transcontinentales: es de una naturaleza bien distinta. Nosotros no estamos ya en la era de la velocidad, sino bajo el signo del vértigo. No son el estilo cinematográfico, hasta estos apuntes en cohete, hasta las descripciones mediante pequeñas pinceladas de urgencia, los que nos recuerdan el tiempo en el que vivimos y el huracán que nos empuja.

Una parecida manera de ver las cosas no es sólo interesante. Se cesa de escudriñar con mirada curiosa y se comienza a sentir los latidos del corazón cuando, bajo esta armadura del alma, se percibe una idea generosa, cuando esta intrepidez y estos arrebatos se ponen, en realidad, al servicio de una causa grande. No fue sólo por el único placer de sobrevolar el mundo el motivo por el cual un buen día León Degrelle emprendió su vuelo. Sentía que tenía algo mejor que hacer que de burlador, por diversión, de aduanas y de policías. Un pueblo gemía, lloraba desde lo más profundo de su alma, y fue al escuchar este desgarrador lamento cuando uno de nuestros jóvenes acudió hasta allí.

Giovanni Hoyois,

Presidente General de la Juventud de Acción Católica Belga (A.C.J.B.)

Al abandonar Europa

Estamos en 1929. Hace ya mucho tiempo que la tragedia mexicana me lacera el corazón como una garra de acero. Doce mil católicos han caído allí, en atroces circunstancias, torturados, quemados, ahorcados... Uno escucha, allende los mares, lamentos lejanos. ¿Qué es lo que ocurre exactamente? ¿Cuándo se podrá, con argumentos y detalles precisos, asumir la defensa de este pueblo liberado del salvajismo revolucionario y anticlerical? Nadie se mueve. Yo ya he esperado demasiado. Está bien, iré allí.

Ocho días después pude acordar con dos periódicos, uno de Bruselas y otro de Roma, que me pagasen la "partida" por no tener yo un céntimo. Eso se vería más tarde: marchemos, pues, de todos modos. Pero se daba la circunstancia de que había escrito contra el Gobierno mexicano artículos vitriólicos. Resultaba, pues, inútil intentar obtener el visado de entrada por los cauces normales. Cambiemos el decorado. Rápidamente me procuro documentación falsa. Ahora soy un joven médico. Y en un abrir y cerrar de ojos, es como si hubiera envejecido cuatro años: ¡estas son bromas que no se deben repetir demasiado a menudo!

"Entonces, mi viejo, tú te vas a marchar... por San Nazario. El próximo jueves. Pero después de tu visita, bajo tu falso nombre, a la Embajada Mexicana, donde tú no habías salvado las em-boscadas más que fanfarronamente, un buen hombre barbudo te siguió por todas partes como si fuera tu sombra. Es gentil, pero embarazoso. Ve atento si no quieres terminar demasiado pronto tu viaje...»

Tengo decidido llegar hasta el final. Un barco zarpa de Hamburgo

hacia Veracruz al anochecer. Telegrafío. Después subo en un avión que me hace atravesar de un salto un tercio de Europa.

Contemplo atentamente el paisaje, para no pensar demasiado en quienes, en mi patria, quedan angustiados por mi locura. Me mantengo firme. Mi mirada sobrevuela las cercanas alineaciones, en hileras muy prudentes, de los largos bastones huecos de las chimeneas, o las granjas, donde las gallinas y los puercos huyen en todas direcciones, bajo el estrépito de mi trimotor... Las aldeas pasan, con sus centenas de manchas luminosas de miradas dirigidas hacia el cielo, por donde nos deslizamos. Dios mío, qué monotonía, estas casas, estos bosques, estas turberas inter-minables... He aquí los largos resplandores de un río, Hamburgo. El avión se adentra entre las nubes para sobrevolar la ciudad. Después, bruscamente, comienza el descenso en espiral.

Doy un brinco en un coche. Corremos a lo largo de los muelles. Ya el navío silba y vocifera. Salto a bordo. La pasarela se repliega hacia nosotros. Algunos proyectores salpican, en el ocaso, a la multitud amontonada frente al barco que se pone en movimiento. Los gritos se paran bruscamente y un canto emocionante se eleva. Una joven agita el pañuelo en el extremo de un madero. Se llora. Se hacen gesticulaciones. Y en la proa del barco, apretando los dientes para no dejarme vencer por la emoción, pienso en la aventura hacia la cual parto, sin saber muy bien cómo volveré...

Algunos remeros de los botes se desgañitan en nuestra estela para acompañarnos el mayor tiempo posible... Las riberas del río ya se alejan. Hay luces por todas partes. Y a lo largo de todo el barco, los ojos de algunos que se desesperan, se aferran a las últimas líneas de las tierras sombrías... No se dice nada más. Sin duda, el barco lleva consigo, con dolor y en silencio, muchos dramas...Yo sueño, vuelvo a ver mi casa...a mi madre que lloraba... Los recuerdos se abaten ahora sobre mí, pesados y lánguidos como el crepúsculo... Me sacudo. Camino. Calo mi gorra de viaje hasta mis cejas para poder resistir el vendaval que nos trae el áspero saludo de la mar próxima...

¿Cómo? ¿Te dejas abatir? Tú vas a servir a los tuyos. E incluso, si por casualidad tú debieras allí dejar tu piel ¿podrías tú, acaso, soñar con algún don más noble en tu vida?

Llega la noche... Todo se diluye en la oscuridad. El navío enfila su

derrotero hacia el Mar del Norte. Ya no se escuchan más, aunque en la lejanía, que los aullidos de los perros en la costa, último adiós, invisible y lastimero, de la Europa abandonada...

El Canal de la Mancha, El Atlántico

No he dormido. No porque la emoción me haya cortado el sueño. El peligro como el placer dejan intacto mi motor. No he dormido sencillamente porque estoy alojado en el fondo de la bodega, en lo que, se puede decir, es la parte más barata del barco: un reducto de tres metros por dos metros y medio, donde seis emigrantes están hacinados. Yo formo parte de este cargamento humano.

Tenemos, como catre, unas mantas ásperas tiradas sobre unos estrechos muelles. Encima de mi nariz, un danés hace una gimnasia fabulosa para desnudarse sin que podamos captar las maravillas de su vellosa anatomía. ¿De dónde viene este pobre diablo puritano? Vamos a pasar juntos veintitrés días, durante los cuales no va a abrir la boca para pronunciar una sola palabra en ninguna lengua del planeta.

Las máquinas arman, a mi izquierda, un tremendo estrépito. Los émbolos me rompen las sienes con unos jadeos regulares. Me giro. Vuelvo a darme otra media vuelta. ¿Cuándo podré dormir...? Un cubano ronca. Un americano acaba de encender un cigarrillo. Y siempre estos émbolos infernales... Esto es inso-portable. Agarro la Jarra de agua y lleno la palangana, que será, durante casi un mes, nuestro aguamanil común.

El día amanece, ligero, con dulces ribetes nevados en las crestas de las olas. Unos barcos alados danzan sobre la mar. Por todas partes velas blancas y tostadas... Queridas y tiernas aguas del Norte... Mis ojos exploran el horizonte. Imagino la buzarda blan-da... Le Zoute, Le Coq, Ostende. Ésta debe estar por allí. ¿Por qué, pues, un país que se abandona se despierta de repente en un cuerpo...? Al final de la estacada invisible, mis ojos perciben una silueta alargada, un gran continente claro y triste, y unos ojos verdes como las algas...

Se acaba. La noche se cierne. Allá a lo lejos, enfrente, las luces de mi patria parpadean, sin duda, en la oscuridad que sopla... Toda mi juventud

se va sobre las olas locas que avanzan en marea tumultuosa hacia mi país...

La campana tañe en la pesada bruma. Uno acaba de za-randearme. Un hombre se ha inclinado hacia mí, el “camarero”, que me ha tomado por un francés. Este alemán me ha despertado para decirme con voz emocionada: “Señor, se puede divisar su patria...”

Amo Francia, pero quisiera dormir. Por tanto, no puedo hacer otra cosa que levantarme: este mozo ha querido darme una alegría. Me subo al puente. Se pueden ver, muy a lo lejos, unas filas de luces marcar, en la noche cerrada, como jalones, el suelo francés... “Señor, se puede divisar su Patria...”

Pero no. Mi país ya se ha desvanecido en la oscuridad. Sin embargo, esta palabra, patria, sacude en mí ecos extraños que me hacen sentir mal...

Un nuevo día, aún, para atravesar La Mancha. Las gaviotas recortan sus suaves blancuras en los aires. Desde los acantilados, la mitad de los pasajeros respira los aires de Guillermo el Conquistador. Alcanzamos la isla de Wight. La Marina de Guerra inglesa pasa con sus acorazados, se escuchan las voces de los cánticos de los marinos y de los fonógrafos...

Los faros, con su sombra estilizada, y los hidroaviones ma-cilentos vigilan. Southampton. Embarcamos un ejército de religiosos y de monjas. La sirena aúlla una última vez.

El barco baila. La noche. La lluvia cae a golpes sobre los puentes... Nadie... Sueño, con la mirada perdida, en lo alto de la pasarela... Las olas se encrespan... Tempestad que muere en mi corazón y que nace sobre la marea... Hemos entrado en el Atlántico.

En la tempestad

Los quehaceres se han echado a perder. El barco no avanza. Ayer, todavía, pudimos ver algunos acantilados rosáceos. Hoy, el Océano nos hace danzar y trata de atraparnos el paso...

La mayor parte de los pasajeros han tratado de encaramarse a los puentes. Lo han pagado, naturalmente: ¡quieren disfrutar del espectáculo!

El más bello espectáculo es, indiscutiblemente..., su figura. Están amarillos o verdes. Tienen hipo, se taponan los labios. Un chiquillo se ha puesto a vomitar de cara al viento y bendice naturalmente a todo el vecindario: ¡es la señal de la derrota!

El barco, consciente de su victoria, comienza a hocicar. Murallas de agua se abaten sobre las galerías. En lo alto, incansablemente, la campana tañe en la niebla...

La retirada se consuma al segundo día. Estamos sentados una docena de comensales a la mesa para liquidar con convicción los fruteros de albaricoques y engullir las salchichas de Francfurt. Los demás no han querido aguantar. Se quedan refunfuñando en sus colchonetas, solicitando al "camarero" que alimente a todos los tiburones del océano... Sólo hay una mujer de pie, una joven judía polaca, con grandes ojos feroces, que se ríe sola, burlonamente, en el vendaval.

El barco no avanza, por decirlo de alguna manera. Ni una vela. Ni un silbido de sirena. Ni una luz, la noche. No hay manera de asirse a la mesa. Mi vecino, un inglés de dieciocho años que quiere convertirse en "cow-boy", solicita al camarero, cada diez minutos, una limonada que el balanceo derrama matemáticamente; esto no puede durar más; un golpe más violento: mi inglés vuela por encima de su silla y, como un tonel, ¡rueda hasta la puerta de un camarote en la que penetra con estrépito!

La noche triunfa. Uno se desploma bruscamente, con los pies en el aire, dando la impresión de que da una vuelta de círculo completa. Después, el circuito se inicia en sentido contrario, en medio de un bamboleo infernal de palanganas, cepillos de dientes, maletas, zapatos, ligas de calcetines y boyas de salvamento.

No es el momento propicio para afeitarse: uno se partiría la figura en dos. Tenemos barbas proféticas y de bucaneros, con pelos de seis días ¿Qué se puede hacer? ¡Dado que los pasajeros, casi al completo, están agonizantes, por encima de todos ellos ruedan las bacías, las cubetas y los barreños de a bordo!



León Degrelle en 1928.



SERVICIO DE MIGRACION

TARJETA ESPECIAL PARA TURISTAS

Documentación falsa de León Degrelle utilizada para poder entrar en México.



SERVICIO CONSULAR MEXICANO



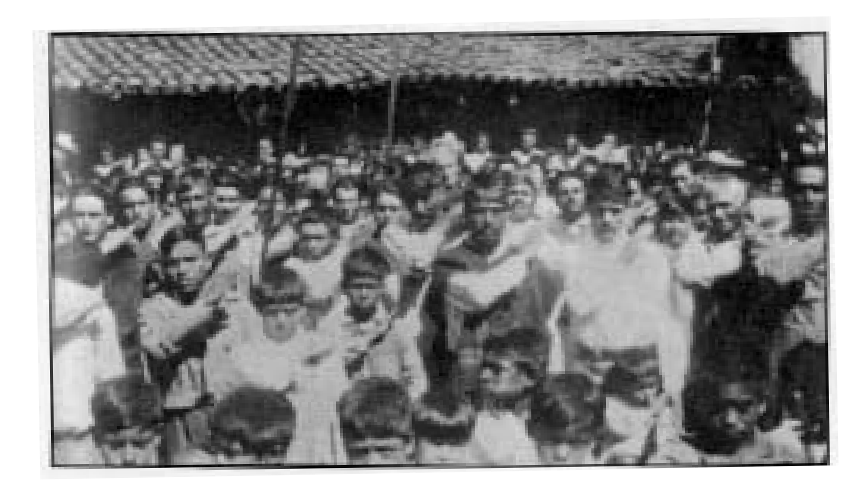
MANIFESTACION DE CIEN MIL CATOLICOS

Vale 5 Cts.

EL IMPARCIAL

AYER QUEDO DEFINITIVAMENTE DECRETADA LA SUSPENSION DE CULTO

La prensa mexicana publica en primera página el "Decreto de suspensión de culto" con el que se oficializó la persecución religiosa.



Jóvenes cristeros, en la ciudad de Morelia, México.



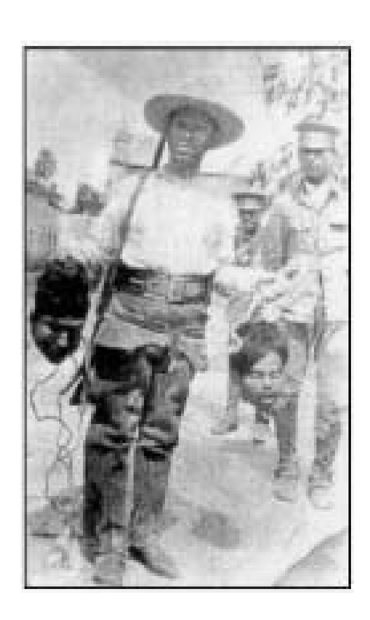
Miembros del Partido Nacional Republicano orando.



Estandarte cristero.



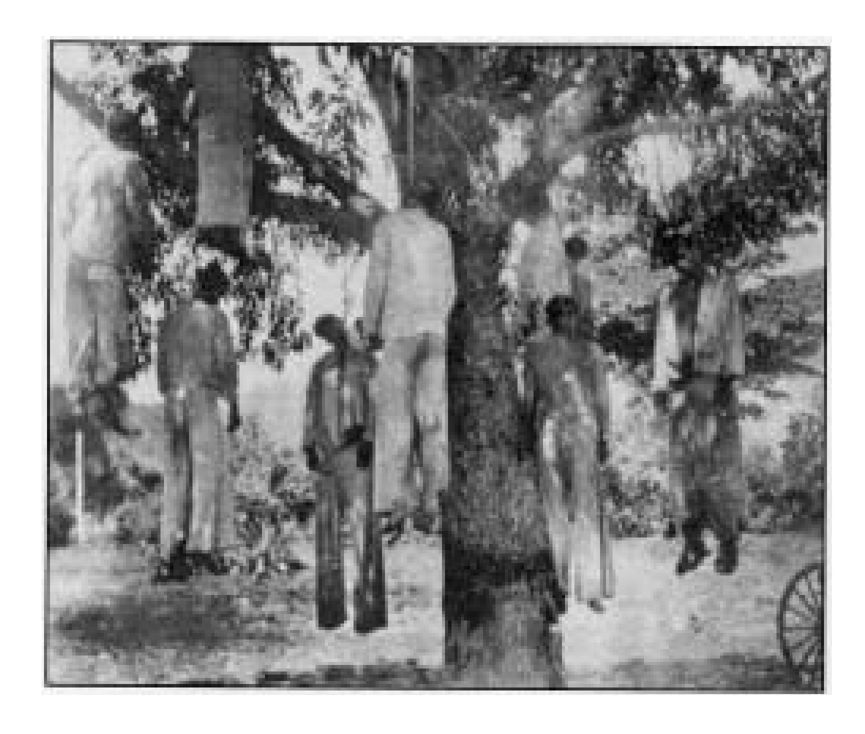
Tres generaciones de cristeros.



Cristeros degollados por sol-dados del general Vargas.



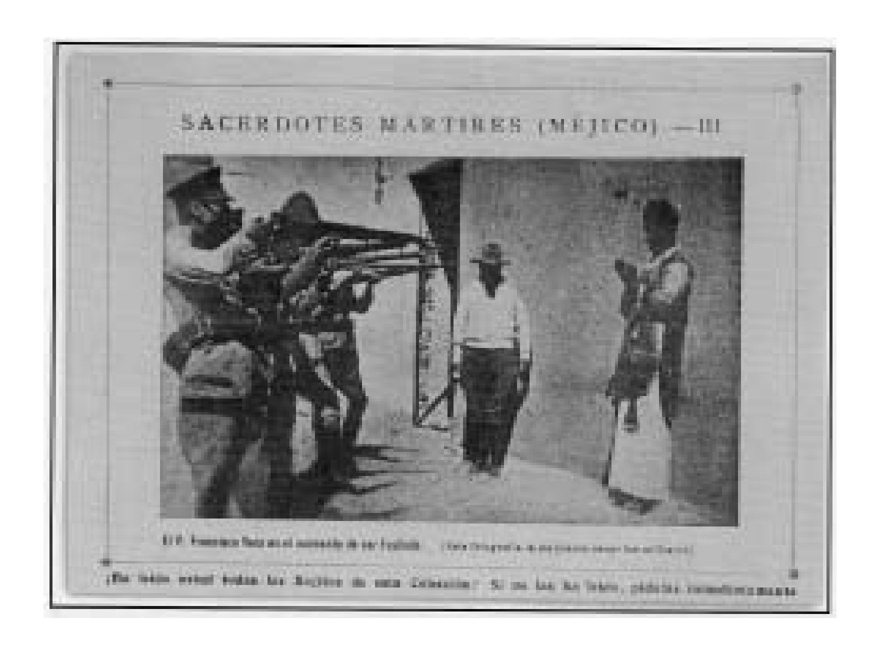
Exhibición del cadáver de un cristero.



Francisco Ruiz y compañeros ahorcados en Sahuayo.



El sacerdote Agustín Pro Juárez rezando momentos antes de ser fusilado.



Diversas estampas de propaganda cristera en donde se plasma la terrible represión sobre los sacerdotes católicos mexicanos por el Ejército Federal.







REX

Pour que les Catholiques lisent

La Belgique vivante

Nouvelles du front

Portada del n° 2 de la publicación "REX", en la que se incluía una crónica sobre la situación de los católicos en México.



La Persécution Mexicaine

Reproducción del artículo aparecido en el número 2 de la publicación "REX" en la que se hace una crónica de la situación de los católicos en México.